

ADEMÁS DE SOBREVIVIR, ¿CUÁL SERÁ EL FUTURO DE LA PRESENCIA MONÁSTICA EN OCCIDENTE?²

En un mundo que se asemeja cada vez más a una *melting pot*, donde los valores y significados se metamorfosean velozmente (tanto como para desajustar contextos de vida bien definidos que hasta no hace mucho tiempo daban un sostén a nuestro *ubi consistam*); en un mundo que parece indiferente a los valores del espíritu, podría surgir la impresión de que la *conversatio monastica* y el estilo de vida de nuestra sociedad secularizada –una “sociedad líquida”, para usar un término-definición del sociólogo Z. Bauman– van por riberas diferentes o se rozan sin llegar efectivamente a encontrarse. Y con frecuencia aparece la pregunta de si esta impresión no encuentra su confirmación también en el mundo eclesial, donde la mejor retórica sobre la vida monástica está a menudo por encima de una real comprensión de la misma.

Sobre el trasfondo de esta preocupación, acaso se pueda decir al mundo y a la Iglesia que, aunque frágiles –aquí estamos nosotros también–, se juega con frecuencia la carta de un pasado glorioso, de un patrimonio monumental y artístico, de publicaciones barnizadas con ambientes y monjes un tanto rarificados (más virtuales que reales) o se organizan eventos que puedan atraer la atención de los *media*. Todas realidades hermosas pero que, a fin de cuentas, corren el riesgo de parecerse más a un grito de “supervivencia” que al compromiso –esforzado y al mismo tiempo fascinante– de un serio volver a poner en el centro de la vida monás-

¹ Abad de la Abadía Madonna della Scala, Noci, Italia.

² Ponencia del P. Abad Donato Ogliari, osb, en la Convención C.I.M. (Conferencia Monástica Italiana), Picciano-Matera, 10 al 13 de Abril de 2007. Traducción del texto italiano realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb. Abadía Gaudium Mariae (Córdoba – Argentina).



tica lo que le es propio, en particular esa dimensión que, en la actual atmósfera cultural, interpela en profundidad, a saber, el *testimonio cenobítico*, con todo lo que ese término evoca.

A mi modo de ver, es urgente que hoy el monasterio se ofrezca a la mirada de la sociedad y de la Iglesia ante todo como lugar en el que se manifiesta la *posibilidad* de la vida común, sostenida por la búsqueda de Dios y perseguida en el amor fraterno. Creo que éste es el elemento, en cierto modo profético, que debe caracterizar nuestras comunidades, incluso antes y por encima de los servicios que tienen para ofrecer, incluso los de naturaleza puramente espiritual.

Fidelidad paciente y de largo alcance

Manteniendo la perspectiva de esta tensión cenobítica, considero que en nuestras comunidades es necesaria una mirada *paciente y de largo alcance*. Esta indicación no quiere ser una simple expresión de fervor. Nace más bien de la constatación (así al menos me parece) de que en nuestros claustros la paciencia se ha convertido en una *virtud débil*. Con frecuencia no se tiene el valor (ni la fe) de aceptar que nuestras comunidades estén marcadas por la fragilidad, y se prefiere abandonarse en una resignación doblemente peligrosa. Peligrosa porque podría entregarnos a la nostálgica tentación de aferrarnos acriticamente al pasado y a las seguridades adquiridas, sin hacernos la pregunta de si éstas últimas no tienen necesidad de ser nuevamente formuladas y vivificadas a la luz de Cristo (el único que siempre es el mismo: cf. *Hb* 13,8) y a la luz de las interpelaciones del tiempo presente. Pero peligrosa también porque, a la tentación de carácter “retrospectivo” —a saber, la de aquellos a quienes les gustaría poder reducir el presente a un lecho de Procusto¹ del pasado—, podría afianzarse la tentación de signo opuesto, a saber, la de los que querrían presumir de mirar al futuro con fácil e ingenuo optimismo, como si de todos modos las cosas estuvieran destinadas a ordenarse por sí solas. En ambos casos, el riesgo es uno solo: el de evitar la realidad creando ilusiones que no favorecen de verdad la fidelidad a nuestro llamado. Es preciso, en cambio, revigorizar la mirada de fe y de esperanza, esa mirada que,

¹ Salteador de la mitología griega que ataca a los viajeros: extiende a los altos sobre un lecho pequeño y corta los pies que lo rebasan; y extiende a los bajos sobre un gran lecho y los estira hasta que alcancen la medida del lecho. Reduce a cualquiera que se ponga a tiro a las dimensiones queridas. Es un símbolo perfecto de la vulgarización, de la reducción del alma a una medida convencional. Es la perversión del ideal en el conformismo (N.d.R.).

al animarnos desde dentro y al ayudarnos a volver a poner nuestra confianza en el futuro de Dios más que en nuestros análisis y habilidades organizativas, no nos exime de mirar de frente y sin tapujos las fragilidades que estamos experimentando, sostenidos por la certeza de que Dios no deja de acompañarnos inclusive a través de ellas.

Es importante, por lo tanto, que en nuestras comunidades se viva una paciencia “activa” de cara al futuro de Dios que sale a nuestro encuentro; futuro que, aunque esté cargado de incógnitas, es la fuente luminosa que vuelve a dar aliento y vigor a la esperanza. Por eso mismo, futuro que no ha de ser esperado con las manos cruzadas, sino hacia el que, por nuestra parte, debemos ir al encuentro con paciencia humilde y confiada y con un compromiso de largo alcance.

2. Los desafíos que nos esperan

Querría ahora individualizar —a vuelo de pájaro y sin pretensiones exhaustivas— algunos desafíos en los cuales, en mi modesta opinión, se está ya forjando nuestro futuro, futuro que en gran medida dependerá de nuestra capacidad de interactuar con esos desafíos sin ceder a la lógica de la mera supervivencia.

2.1. El desafío de la autenticidad

Frente al culto de la imagen, de la apariencia y de una autonomía elevada a valor supremo, nuestros monasterios deberían conservar el *gusto* de las realidades genuinas, no sofisticadas, el gusto de la búsqueda de lo que es esencial, verdadero, bueno y bello, sin dejarnos embrollar en las redes de lo efímero. Estamos llamados, sí, a hacer que nuestras comunidades se conviertan cada vez más en lugares donde se cultiva la *primacía del ser* sobre la del aparecer y, en cierta forma, también sobre la del mismo hacer. Lugares, a saber, en los que todo hable de autenticidad; lugares donde se persigue el bien sin hacer ruido, y donde incluso se acepta vivir una cierta “marginalidad” con respecto a las luces del escenario.

Un desafío tal, hecho verdaderamente nuestro, no podrá dejar de tener una benéfica reincidencia también sobre cuantos golpean las puertas de nuestros monasterios movidos por el deseo de encontrar allí un clima de autenticidad que predisponga al encuentro con Dios y contribuya a la recuperación de las propias energías espirituales. ¡Cuántos her-

manos o hermanas, a menudo desorientados o marcados por grandes sufrimientos, encuentran, en el humilde testimonio de nuestra vida y en el silencio y recogimiento de nuestros claustros, las respuestas a sus cuestionamientos existenciales y religiosos! ¡Y cuántos encuentran aquí ese suplemento de fuerza y de luz que les permite mirar hacia adelante y continuar con toda confianza su propio camino!

2.2. El desafío de la comunión

Inútil es decir que en la búsqueda de la autenticidad juega un papel decisivo la carta de la “comunión”, una comunión basada en relaciones fraternas sinceras, sencillas, no formales pero iluminadas por la caridad y sostenidas por la estima recíproca. Relaciones que sean simples y simplificadas lo más posible, inclinadas a la búsqueda constante de lo que une, conscientes de la interdependencia que liga a todos en conjunto y que debería componer armónicamente en unidad las diversidades que los individuos conllevan inevitablemente. Factor, éste, decisivo para el futuro de nuestras comunidades.

En el contexto de una auténtica vida de comunión debe luego ser gestada también la transición generacional. La escucha y la acogida recíprocas deben hacer posible y fecundo el encuentro entre la “tradición” en su acepción más noble (no, en consecuencia, lo que es transeúnte y caduco, como determinados usos y costumbres), representada por los ancianos de la comunidad, y lo *novum* que traen consigo –incluso en un estado incoativo y bajo forma de interpelación– los jóvenes de la *e-generation*, la generación electrónica, como es definida la actual. La dificultad de comprensión entre ancianos y jóvenes se advierte hoy, ciertamente, más que en el pasado y esto ocurre a causa de un lenguaje y modelos culturales de la época actual que ya no coinciden perfectamente con los de ayer. La carta ganadora está, entonces, en el esfuerzo de caminar hacia el encuentro y de acogerse recíprocamente. Las cerrazones preconcebidas, nefastas e infecundas, no conducirían a ninguna parte.

2.3. El desafío de la comunidad que sabe “engendrar” y “educar”

En este punto somos empujados hacia otro desafío de crucial importancia, vuelto aún más agudo por el envejecimiento y la escasez numérica de nuestras comunidades. La pregunta que deberíamos plantearnos con toda sinceridad es la siguiente: “¿Estamos todavía en condicio-

nes de *engendrar* hijos? Es decir, ¿estamos en condiciones de *acoger* y *acompañar* a eventuales vocaciones, y de *transmitir* esos sólidos puntales de la vida monástica que habíamos, por nuestra parte, recibido?”

En torno a este tema de la formación –indudablemente central–, la Madre Mónica Della Volpe ha desarrollado el año pasado una interesante reflexión en el Capítulo Provincial de la Congregación Sublacense, en Italia. Cito la siguiente afirmación de la relatora: “El elemento crítico es (...) *el estar verdaderamente convencidos* de que nuestro proyecto de vida es bueno, y de que lo es también para otros y no sólo para nosotros, y de que la comunidad está en condiciones de trasmitirlo, de que es capaz de hacerlo; y lo está si ese proyecto es realmente compartido entre los miembros de la comunidad, o sea, si es realmente común”³.

Son palabras elocuentes, que no tienen necesidad de comentario. Es claro que, en los lugares donde los modelos monásticos son poco significativos, en los lugares donde se está conforme con conducir una “convivencia” basada sobre una mera tolerancia recíproca más que sobre un proyecto que nos mancomuna y nos hace caminar juntos en la unidad del amor; en los lugares donde se va viviendo casi sin preocuparse por la calidad de la propia *conversatio monastica*; en los lugares donde un chapuceo o poco más o menos prevalece sobre un testimonio fiel a la propia llamada; en los lugares donde ésas u otras condiciones negativas tienden a verificarse y a reproducirse con insistencia; en esos lugares, es difícil pensar que se asomen hermanos o hermanas deseosos de buscar a Dios, y es asimismo difícil creer que la comunidad esté en condiciones de transmitir un proyecto de vida verdaderamente común y compartido.

2.4. El desafío de la afectividad

Una de las características de las nuevas generaciones respecto de las del pasado, es ciertamente la espontaneidad con que son vividos y expresados los propios sentimientos. La acogida del otro o, en otras palabras, el campo de la afectividad, que en la formación de un tiempo atrás estaba por lo común relegado a una zona suburbana de la conciencia, debe volver a ser descubierto en el interior de las relaciones interpersonales, en su valor positivo, equilibrado, maduro, libre y liberador. Tal vez en

³ Madre Mónica DELLA VOLPE, *La comunità monastica, soggetto e ambiente di formazione*, en *La Scala* 61 (2007), p. 18.

el hecho de saber demostrarnos el bien recíproco y la mutua acogida... ¡estamos todavía demasiado enyesados! No se trata obviamente de hacerse mimos, sino de dar el justo peso a aquella calidez humana y a aquella amistad fraterna que son parte integrante de un camino comunitario.

2.5. *El desafío de la espiritualidad*

El año pasado, en éste, nuestro mismo encuentro anual, el Abad Primado tuvo que hacer un subrayado que habrá parecido obvio a todos, pero que justamente por eso me golpeó. Él afirmó que lo que llegue a significar el monacato futuro dependerá en gran medida del redescubrimiento de la centralidad de la *lectio divina*, sea a nivel personal como comunitario.

Pudo en verdad parecer un discurso sobre algo que se da por descontado, después de tantos años como hace que se habla y se escribe sobre la *lectio divina*. Sin embargo nos lleva a preguntarnos si esa práctica ha sido en verdad recibida en nuestros monasterios; si la Palabra de Dios ha reconquistado en verdad, en el interior de nuestro camino y de nuestras elecciones monásticas, aquella centralidad y aquel papel de “guía” que le compete, y si se ha convertido por lo menos en un instrumento privilegiado de pastoral monástica. Un pequeño *test*, al respecto, podría consistir en verificar si nuestros monasterios están en condiciones de presentarse como “escuelas” de *lectio divina* a cuantos nos frecuentan.

¿Qué decir, luego, de la oración litúrgica? Generalmente es el trámite principal a través del cual la gente entra en contacto con nuestras comunidades. La importancia que le atribuimos transparenta inequívocamente el modo con que cuidamos la calidad y el decoro, sin desentendernos de los gestos de nuestro cuerpo que, no menos que la mente y que la voz, no sólo nos ayudan a rezar, sino que ellos mismos son plegaria. Cuando nuestras celebraciones litúrgicas están bien cuidadas, sentidas y vividas con fervor, no pueden dejar de transmitir la riqueza que contienen y de irradiar la luz de la que son portadoras, aunque sean liturgias estéticamente simples y sin adornos.

2.6. *El desafío de la recualificación*

La adecuación de la vida comunitaria, con sus ritmos y sus actividades, a las fuerzas y a las posibilidades de quien se dispone a ella, es un hecho que debe ser sabiamente tenido en cuenta, sobre todo en la tempo-

rada “magra” que estamos viviendo. En todo caso, esto podría significar una recualificación o modificación de las propias actividades, con una eventual escala de prioridades a la cual conformarse. Es preciso no obstante evitar encerrarnos en nosotros mismos, en una especie de proteccionismo doméstico. Preguntarse si, a la larga, la autoreferencialidad recompensa los esfuerzos que la comunidad hace para concentrarse en sí misma y sus propios problemas; o si no sería mejor, en cambio, compartir con los otros también nuestra pobreza, poniendo juntas nuestras bien débiles fuerzas, y aceptando algún sacrificio, con tal de encontrar soluciones adecuadas.

2.7. El desafío cultural

En el clima de emergencia en el cual –quien más, quien menos– venimos a encontrar todos, es importante vigilar lo más posible a fin de que el nivel y la calidad culturales de nuestras comunidades no sufran excesivamente. Cuando las actividades y los requerimientos a los que estamos sometidos son muchos, lo más común es menoscabar el estudio y la formación permanente. Es fácil también en este nivel, deslizarnos, casi inadvertidamente, por el plano inclinado de la “supervivencia” y contentarnos con vivir de rentas. Pero los desafíos de hoy, con los cuales ya nos confrontamos, exigen una capacidad de comprensión y un esfuerzo de ree-laboración tal, que no podemos de ningún modo pensar que podemos vivir de rentas. Y como son bien pocas (o ninguna en absoluto) las comunidades que puedan permitirse tener en su interior un *think-tank* que piense, elabore y anticipe las estrategias a adoptar para el futuro, acaso ha llegado el momento de invertir y poner a disposición en el campo de batalla, en una común unión, las fuerzas mejores de nuestros monasterios y de nuestras Congregaciones. En esa dirección va también el desafío siguiente.

2.8. El doble desafío inter-comunitario e inter-congregacional

Somos todos un poco celosos de nuestra autonomía, no obstante, al mismo tiempo, advertimos las desventajas que ésta última trae consigo cuando la comunidad atraviesa momentos de particular crisis. Pensemos, como ejemplo, en la dificultad que hay para intervenir y ayudar eficazmente a comunidades sensiblemente reducidas en número y en calidad de vida. El hecho de favorecer formas cada vez más estrechas de colaboración (y no sólo en los momentos de crisis) resultaría sin duda de gran provecho, ya sea a nivel inter-comunitario, en el interior de la misma Congregación (o Provincia: cf. los ensayos puestos en práctica a nivel de

formación inicial en la Provincia Italiana de la Congregación Sublacense), ya sea entre las Congregaciones presentes en el territorio nacional⁴.

El Abad general de los trapenses, Dom Bernardo Olivera, en una carta del 2002 a su Orden, se atrevió a decir: “Parece que ha llegado el momento de trabajar junto con la Orden Cisterciense para poder salvaguardar el patrimonio cisterciense en algunas regiones del mundo occidental. Acaso vendrá también el momento de hacer otro tanto con la federación benedictina, por motivos similares”⁵. Es una afirmación de gran alcance. Semejante apertura profética ¿logrará triunfar sobre vallas desgastadas y reivindicaciones localistas?

2.9. El desafío de la eclesialidad

Algo ya ha ido emergiendo acerca de nuestra presencia en la Iglesia local: la hospitalidad cualificada, el aporte litúrgico, la “escuela de la Palabra” (*lectio divina*), a las que se agregan variadas prestaciones pastorales, desde el acompañamiento espiritual a la celebración del sacramento de la reconciliación. Además, en algunos monasterios no se descuida, por su significativa presencia, la acción dirigida al grupo de los Oblatos seculares.

Pero sobre todo, en el conjunto eclesial, nuestros monasterios deberían distinguirse como “laboratorios del espíritu” (más que como “oasis del espíritu”, expresión que sabe demasiado a romanticismo), donde nos ejercitamos en la perenne búsqueda de Dios a la luz de una fe exigente pero al mismo tiempo consoladora, que prevalece sobre la lógica de los cálculos humanos y políticos. Laboratorios donde nos dejamos iluminar por la ulterioridad de la esperanza, y donde nos enfrentamos cotidianamente con las exigencias de la caridad que, precisamente, pasan y se consolidan muy a menudo a través del asumir nuestras precariedades.

Por último, es importante no ceder a la ilusión de que nuestros monasterios puedan subsistir en compañía de la iglesia local y de un determinado territorio como si fueran “ciudadelas autárquicas”. Sentirse parte

⁴ A modo de provocación: el hecho de que las reformas monásticas del pasado hayan advenido casi todas a través de una estructura “centralizada”, debería hacernos reflexionar no poco sobre la eficacia de formas cada vez más intensas de cooperación.

⁵ Dom Bernardo OLIVERA, oco, *Comunità precarie o indebolite*, en *La Scala*, Inserto A.I.M. 2003/III, p. 75.

viva de aquella porción de iglesia en la cual el monasterio se encuentra, y participar en su camino, es una exigencia inherente a la vocación cristiana que nos une con todos los creyentes.

3. Conclusión

Me doy cuenta de que es mucho más fácil delinear los desafíos que tenemos por delante que entrar en ellos y enfrentarlos en la realidad viva de nuestros días. Para que no nos encuentren del todo desprevenidos, es necesario vigilar atentamente y no dejarnos sumergir por el peso de las dificultades, de la tristeza, del desánimo, del miedo. Si así fuera, seremos como los que están sin esperanza (cf. *Ef* 2,12). Pero a quien ha puesto en el centro de la propia vida al Dios de Jesucristo, el Resucitado, no le está permitido dejar ni por un solo instante de anhelar la luz, incluso cuando alrededor parece prevalecer la oscuridad. Un sano y necesario realismo ante las precariedades con las que estamos enfrentados no debe disminuir ni empalidecer la belleza de nuestra vocación ni la generosidad de nuestra respuesta. Y delante de este perenne compromiso no hay precariedad que valga, porque ¡lo que está delante de nosotros y lo que el Señor nos reserva todavía “para vivir” es siempre mucho más que el mero “sobrevivir”!

Monastero Madonna della Scala
Zona B 58
I-70015 Noci (BA)
ITALIA